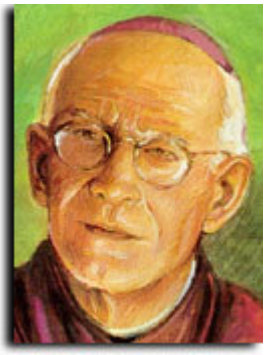

MONS, OCTAVIO ORTIZ ARRIETA
El obispo de los pueblo
19 de abril de 1879 – 1 de marzo de 1958

El 8 de diciembre de 1891 el primer Oratorio Salesiano en tierra peruana abrió sus puertas en un barrio pobre y popular de Lima, capital de Perú. La noticia de que unos sacerdotes italianos jugaban, corrían, rezaban con aquella gente bullanguera corrió de boca en boca.
El Oratorio se convirtió en el imán irresistible para los niños del Rimac, un barrio que rebosaba de niños pobres. Así todas las tardes, después de los trabajos en los que las familias ocupan también a sus hijos, la casa salesiana se llenaba de pilluelos dispuestos a jugar, a cantar, a entra en la banda musical y en las clases de catecismo.
Uno de los primeros que entró en el Oratorio de Rimac fue Octavio Ortiz Arieta, de trece años. Le habían bautizado con el nombre de Octavio por que era el octavo hijo de los nueve que Dios había mandado a Manuel y Benigna Coya: una familia de modesta condiciones económicas pero rica en fe cristiana. En una descolorida fotografía sacada el 7 de febrero de 1892 (dos meses después del inicio del Oratorio) aparece la cara inconfundible de Octavio entre los muchachos que rodean al padre Riccardi.
La ciudad de Lima, durante la infancia de Octavio Ortiz, era una ciudad triste y pobre por la guerra concluida desastrosamente en 1883. Las tropas chilenas habían ocupado el desierto costero rico en minerales muy solicitados por Europa. El ejército de Perú había sido derrotado, y los soldados de Chile habían ocupado Lima, saqueando sus ricos palacios y transformando en cuarteles los salones de la antigua universidad. La industria y el comercio estaban todavía paralizados, los centros culturales y científicos abandonados. Muchos muchachos vivían por las calles, sin casa ni esperanza.
En Octubre de 1892, junto al Oratorio, los salesianos decidieron abrir una escuela profesional para proporcionar una casa y un futuro a los muchachos más necesitados. Recogen a 40 chicos. La buena voluntad era grande, pero los locales estrechos.
En diciembre de 1893 también Octavio logró que le admitieran. Los salesianos eran cuatro, y habían abierto tres talleres: carpintería, sastrería, zapatería. Octavio empezó siendo aprendiz carpintero.
En la casa había mucha pobreza, pero los muchachos la soportaban sin lamentarse por que sus maestros llevaban la misma vida que ellos. Y eran alegres, buenos, como padres y hermanos mayores: vivían como era verdadera familia. En muchos de aquellos muchachos nació el deseo de ser como sus maestros, para trabajar por otros muchachos pobres.

Entre doce aprendices, dos obispos.
En una agenda, el padre Pane escribió una lista de doce nombres. Eran posibles vocaciones salesianas. Entre ellos estaba el aprendiz de sastre Fortunato Chirichigno y el aprendiz de carpintero Octavio Ortiz; ambos llegarían a ser Obispos.
Octavio trabajaba bien y rezaba bien. El obispo salesiano Mons. Santiago Costamagna iba alguna vez a visitar la escuela profesional. Un día, dando vueltas él solo por la casa, entró en la cocina. Los muchachos pasaban por turno para ayudar al cocinero. En aquel momento, Octavio con un gran cucharón revolvía la sopa, y con la otra sostenía un libro. El obispo se acercó y miró de qué libro se trataba. Con la cara enrojecida por el hervor de la sopa y por el rubor, Octavio se lo enseñó: era el catecismo. Poco después mons. Costamagna

decía al padre Pane: "¿Por qué no le hacéis estudiar a ese muchazo? En vez de un carpinterio, podría ser un sacerdote".
El 24 de mayo de 1898 Octavio Ortiz aceptado en el noviciado salesiano. Continuó representando en el teatro, tocando el trombón en la banda, pero entró en la comunidad salesiana de Callao (cercano a Lima), y como novicio se puso con confianza en las manos del Padre Antonio Sani, que debía formarlo para la vida salesiana.
Un alumno del padre Sani lo recordaba así: "Joven, de aspecto austero, pero de una amabilidad que encantaba. Brillaban la agudeza de su ingenio y la bondad de su corazón, su recio amor a Dios y su generosidad sin reservas. Lo vimos agotarse en la dirección de la escuela, en la enseñanza, en el magisterio sacerdotal, en el cuidado de las vocaciones, disponible siempre para sus hermanos, los muchachos y los adultos, en las cárceles de las que era capellán, siempre sonriente, siempre sereno, sin un momento de cansancio aparente". Este fue el sacerdote que guió a Octavio Ortiz Arrieta en sus primero pasos de la vida salesiana.
Octavio hizo el noviciado como se acostumbraba entre los primeros salesianos: haciendo de maestro y de educador, y profundizando en su amor hacia el Señor.
El 27 de enero de 1900 se hizo salesiano ofreciendo a Dios sus votos de pobreza, castidad y obediencia. Y continúa en la misma casa salesiana haciendo de asistente, maestro, empleado de filosofía y luego de teología. Los otros salesianos le enseñan las ciencias teológicas que lo preparan al sacerdocio. Todo en medio de una pobreza y alegría que nunca faltan.

El primer sacerdote salesiano de Perú.
19006. Octavio Ortiz no es todavía sacerdote, pero el padre Santinelli, inspector de los salesianos de Perú, aun así lo manda a fundar una nueva escuela profesional en la ciudad de Piera lo acompañan sus clérigos y el sacerdote P. Pianola, que será el confesor de la comunidad. Piura es una ciudad en el extremo Norte de Perú, a 900 Kilómetro de Lima.
Octavio Ortiz cumple su primera "obediencia salesiana con madurez y espíritu de sacrificio. Abre la escuela profesional con tres talleres. Los juegos, los cantos, el teatro, la banda musical dan gozo y alegría a los primeros 120 alumnos. En la banda, el director toca el trombón.
Termina el primer año escolar. Octavio Ortiz Arrieta es ordenado sacerdote. Es el 27 de febrero de 1907. El padre Octavio es el primer sacerdote salesiano de Perú.
En 1912 la escuela de Piura abre el cuarto taller: la tipografía. El padre Ortiz publica un minúsculo periódico, la Campanilla, y escribe en primer número: "La Escuela salesiana ofrece una formación profesional a los jóvenes tipógrafos, y a todos los alumnos instrucción y alegría. Un granito de arena, pero con granos de arena se forma las inmensas playas que nos defienden de los asaltos del océano".

Obispo a los cuarenta y dos años.
Después de la obra de Piura, el padre Ortiz es enviado a dirigir las obras salesianas de Cuzco y de Callao. Es aquí, mientras se dedica con toda su alma a los jóvenes, a donde llega la obediencia, imprevista del todo, que dará un vuelco a toda su vida. A los cuarenta y dos años es elegido obispo de la Lejana diócesis de Chachapoyas, sobre la cordillera de los Andes del Norte.
Es consagrado en el templo de María Auxiliadora de Lima, en medio de la alegría de sus salesianos y de sus alumnos. En aquel momento la diócesis de Chachapoyas se extiende sobre un territorio tan vasto como la tercera parte de Italia, con 120.000 personas, indios la mayor parte. Están diseminados por las frías gargantas de los Andes, por el altiplano y por las húmedas e inexploradas selvas amazónicas. La pequeña ciudad de Chachapoyas se levanta a 2300 metros de altura(un buen salto para quien ha nacido en Lima prácticamente a la orilla del mar) y tiene 8.000 habitantes.
En ese momento no existe un camino que una Lima con Chanchapoyas. El obispo realiza la primera parte del vieja en barco (500 Kilómetros), luego sobre un pequeño tren, que se sube por los Andes mientras puede. Quedan 200 Kilómetros en línea recta, muchos más sobre lo pequeños senderos que llegan hasta los desfiladeros y se precipitan vertiginosamente hacía los valles. El obispo, con dos sacerdotes redentoristas y dos estudiantes de teología que van a su seminario, los recorre parte a lomos de un mulo y parte a pie.

Llegan después de un mes. Para recibir al obispo, agotado hay una multitud de adultos y de niños que le arrojan flores. Muchos has llegado de sus pobrísimos pueblos diseminados por los montes.

Una pobreza antiquísima y cristalizada.

Mons. Ortiz había conocido hasta este momento la pobreza de los barrios obreros donde había nacido, una pobreza que con el trabajo y el esfuerzo de podía vencer. Ahora tuvo que conocer otra pobreza: la de miles de pueblos indígenas, antiquísima, cristalizada por un sistema de propiedad feudal.

La tierra buena estaba dividida entre las grandes haciendas de los patrones. Cada familia de indios y de mestizos tenía que proporcionar un trabajador a la hacienda durante tres días a la semana. En compensación se le asignaba un pedacito de tierra para uso doméstico. Estaban también los agricultores independientes que vivían en las comunidades indígenas de las Sierras, pero tenían pequeñas parcelas de tierra, frecuentemente insuficientes. El que empujado por la pobreza bajaba hacia las tierras fertilísimas pero salvajes de la selva, sólo debía confiar en su salud y en la fuerza de sus brazos: era necesario talar con tremendas fatigas, y no había ni caminos ni puentes, ni centros de asistencia médica.

Perú, nació riquísima, tenía un centenar de familias adineradas (descendientes de los antiguos conquistadores) que poseían gran parte del territorio. La nación se estaba desarrollando durante aquellos años con enormes inversiones de capital inglés y estadounidense. Los capitalistas extranjeros exigían (y lo conseguían también con la corrupción) gobiernos estatales, hasta dictadores militares, que les dejaban "trabajar y ganar en paz". No toleraban programas o reformas sociales que amenazan cambiar la situación y arriesgar sus enormes (y a veces injustas) ganancias. Y así el "progreso nacional", es decir, la construcción de las primeras carreteras grandes, puentes, ferrocarriles, la explotación de las minas, se pagaba con la cristalización de un sistema feudal inamovible. Los pobres, frecuentemente, ni siquiera eran consientes de sus derechos humanos, y corrían el riesgo de perder su dignidad de hombres en forma de vida degradada.

Mons. Ortiz comprendió desde los primeros días que ninguna revolución violenta iba a cambiar la situación: los pobres sufrían, además de la miseria, también la violencia de las armas. Era necesario levantar con dignidad la voz para abrir los ojos de las autoridades centrales y conseguir todo lo que fuera posible. Pero sobre todo era necesario plantar profundamente en las conciencias el cristianismo. Sólo Jesucristo haría consientes a pobre y a ricos de que son hermanos, de que tienen una dignidad igual y profunda, y los empujaría a construir una sociedad más justa. Era el trabajo largo y paciente que el apóstol Pablo había realizado en la pagana Grecia, poblada por dueños y esclavos, y que Vicente de Paúl llevaría adelante en la Francia descristianizada del 1600. "Un granito de arena, si queréis –como había escrito en La Campanilla de Piura-, pero con granitos de arena se forman las inmensas playas que nos defienden de los asaltos del océano."

Obras sociales.

Desde el primer año abrió una Escuela nocturna para aquellos trabajadores que no habían tenido la posibilidad de instruirse. Puso a disposición los locales del Seminario. Más tarde abrió la Escuela rural para mujeres y después el Colegio nacional de la mujeres. Organizo un centro cultural para adultos, invitando a notables docentes para ciclos de conferencias. Varias veces el obispo intervino ante el Presidente de la República para que se construyesen los caminos necesarios para poner en comunicación su zona andina con el resto de la nación. En 1932 y en 1937 se construyeron dos grandes trozos de carretera, que permitieron a su gente salir de aquel aislamiento antiguo que la llevaba a una especie de fatalismo. Publicó el quincenal El amigo de las familia que a nivel nacional dio a conocer los problemas de los pueblos. En 1936 vio realizada otra de las iniciativas que había patrocinado: la electrificación de Chachapoyas y de las zonas vecinas. En el mismo año pudo bendecir la primera piedra del nuevo hospital. En el cuarto centenario de la fundación de la ciudad, obtuvo junto con las otras autoridades ciudadanas la instalación del servicio de agua potable y la dotación de una estación radiográfica para las comunicaciones con la capital y las otras ciudades de la nación.

Programa cristiano.

Pero donde la obra del obispo alcanzó una intensidad heroica fue en la realización del programa cristiano que comenzó desde las primeras semanas, articulado en cinco puntos:

1. Ocho días después de su llegada dispuso que en las iglesias de la ciudad cada domingo se diese catecismo a los muchachos y a las muchachas. Dio el ejemplo reservándose los niños que se preparaban para la primera comunión.
2. El trabajo catequístico fue organizado por la Unión de los Catequistas, a la cual se adhirieron también las autoridades ciudadanas, dando por turno lección de cristianismo a los muchachos.
3. en el inicio del año escolar organizó la enseñanza de la religión en todas las clases. Nombró personalmente a los nueve profesores y se reservó un centro educativo en el que enseñaba religión siempre que estaba en la sede.
4. dos meses después de su llegada comenzó la Misión, predicada por los dos padres redentoristas que lo habían acompañado. Fue dirigida especialmente a los jóvenes y a los adultos, y consiguió frutos inesperados.
5. inmediatamente después de la Misión organizó los Ejercicios Espirituales para sus sacerdotes: 15 días pasados juntos, reflexionando sobre su propia misión de evangelizadores y pastores, hablando de tú a tú con el obispo

Centro Escolar Católico:

Este intenso programa, con variaciones de año por año, lo extendió a todos los centros de su diócesis. Catequesis y predicación, cuidado de los sacerdotes y de las vocaciones fue el trabajo sencillo y sólido de todos sus treinta y siete años de episcopado.

Pero la fatiga más grave y agotadora fueron sus viajes apostólicos. Todo obispo está obligado a la visita pastoral periódica de sus comunidades cristianas. Mons. Ortiz comenzó casi de repente la visita pastoral a sus mil pueblos entre las intransitables montañas y las húmedas selvas, y la continuó durante 30 años, hasta que le dieron un obispo auxiliar más joven que él, que podía viajar en su lugar.

No descuidó ninguna comunidad por pequeña o por pequeñísima que fuese. Llegaba hablaba hasta latas horas de la noche para dar a todos el perdón de Dios. A la mañana siguiente celebraba la santa misa, daba catecismo a los adultos y a los niños, celebraba o regularizaba los matrimonios, se ponía a disposición para escuchar a todos. Al tercer día daba las primeras comuniones y las confirmas, entraba a las escuelas, daba la última clase de catecismo hablando de Jesús.

Logró visitar cada cinco años todos lo pueblo, aun lo más perdidos de su inmensa diócesis. Eran viajes que reventaban a cualquiera. Sin caminos, cabalgando sobre un mulo o a pie, subía por ásperos senderos hasta los deslizaderos helados y bajaba a las calles expuestas al viento. Tuvo dos accidentes gravísimos, cayendo en profundos precipicios. Pero se las arregló invocando a la virgen y pasando algún mes en el hospital. Y cada vez reanudó sus viajes.

Cuando quedó vacante la sede arzobispal de Lima, el Nuncio Apostólico en nombre del Papa se la ofreció. Mons. Ortiz agradeció y rehusó, diciendo que se había casado con su diócesis, y quería permanecer entre la gente de sus pueblos hasta la muerte.

Y murió en Chachapoyas el primero de marzo de 1958, a los ochenta años. Había sembrado el buen grano del Evangelio en su ciudad y en sus mil pueblos. Dios, como y cuando quisiera, lo cosecharía.